

FATA Y LOS FANTASMAS DEL EVEREST

Chus Lago





© Ediciones DIQUESÍ
© de la autora: Chus Lago
Ilustraciones: Fátima Díaz-Roperro Olmedo
Edición: María J. Gómez
Diseño: Estelle Talavera

novedad@edicionesdiquesi.com
www.edicionesdiquesi.com
ISBN: 978-84-125013-1-5
Depósito Legal: M-13084-2022
© Todos los derechos reservados
1ª Edición: Madrid 2022
Impreso en España por Estilo Estugraf S.L.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Dedicado...

*A mi pequeña amiga del Perú, María del Pilar Urueta López.
A la Ong Aulas Abiertas, por su gran labor con los niños.
A mi marido Philip y a nuestro hijo Solomon, siempre.*

Y gracias...

*A Francisco Valero Ibarra que me acompañó durante las primeras ideas y páginas de esta novela, pero sobre todo por aportar tanto de su experiencia en toda ella. A mi querida Rosa Montero por ese afán suyo tan vehemente para que vaya siempre más lejos en cada nuevo libro, por haberse leído a Fata y los fantasmas del Everest cuando aún era una historia tímida, y por haberme convencido de que me lanzara a hacerla más rica, compleja e interesante. Y por haber enviado a Rosa López a mi vida, que además ha sido capaz de cerrar este círculo. A mis editoras: María José Gómez y Estelle Talavera, cuyo entusiasmo contribuye a que no deje de imaginar nuevas aventuras; sin su apuesta en este proyecto nada de esto sería posible. A Fátima, a quien le agradezco tanta luz sobre la nieve, y esas maravillosas ilustraciones. ¡Gracias a todas! ¡Para que la aventura siga viva!
¡Para que la aventura permanezca!*



UNA CARTA DESDE EL EVEREST

El mensaje recibido decía así:

<<Mi querida Fata. Te necesitamos.
Ven sin falta. ¡Ahora!

Fdo.: Irvine y Mallory>>.

Fata leyó el mensaje con inquietud. ¿Qué podía pasarles a sus viejos amigos? ¿Por qué tanta urgencia? Irvine y Mallory residían en la montaña más alta del planeta, el Everest, desde la primavera de 1924, cuando desaparecieron cerca de la cima y se convirtieron en fantasmas. ¡Y ahora necesitaban su ayuda!

El mensaje había llegado en el mejor momento para emprender una aventura. Los días eran intensamente azules, la primavera había llegado y con ella las sema-

nas más propicias para realizar las expediciones en el Himalaya.

Fata pensó en Pemba, su compañero de aventuras. El mensaje era apremiante y tenía que avisarle sin pérdida de tiempo. Debían salir lo antes posible hacia el Tíbet, así que prendió fuego a la enorme chimenea del salón.

Pronto una gran humareda blanca proveniente del castillo de piedra y hielo donde habitaba Fata envolvió la cima del Machapuchare y fue adquiriendo la sorprendente forma de un caballo alado.



A los pies de esa montaña, ajeno al mensaje todavía, era un día como otro cualquiera para Pemba. Estaba recolectando plantas medicinales en el jardín de su casa, lo que solía entretenerle, pero eran tantos los días de vacaciones haciendo lo mismo... Levantarse, desayunar, sacar a las dos búfalas del establo, ordeñarlas, recoger los huevos de la gallina kirika, recolectar plantas... Se aburría como una ostra. Sentía la apremiante necesidad de salir corriendo en busca de algo nuevo.

Ese día había llegado.

Pemba levantó la vista y vio la nube con forma de caballo alado posada sobre la cima del Machapuchare, la montaña sagrada.

—¡La señal, la señal! —gritó entusiasmado mientras daba saltos como si un bicho le recorriera el cuerpo por dentro de la camiseta.

De hecho, es lo que pensó el abuelo de Pemba que le pasaba a su nieto. Pero cuando lo vio correr hacia el interior de la casa y salir con su equipo de escalada, sonrió y se alegró por él.

Aquella pequeña nube en lo alto del Machapuchare era el aviso de que algo interesante se cocía en el castillo de Fata, y no podía perderselo.

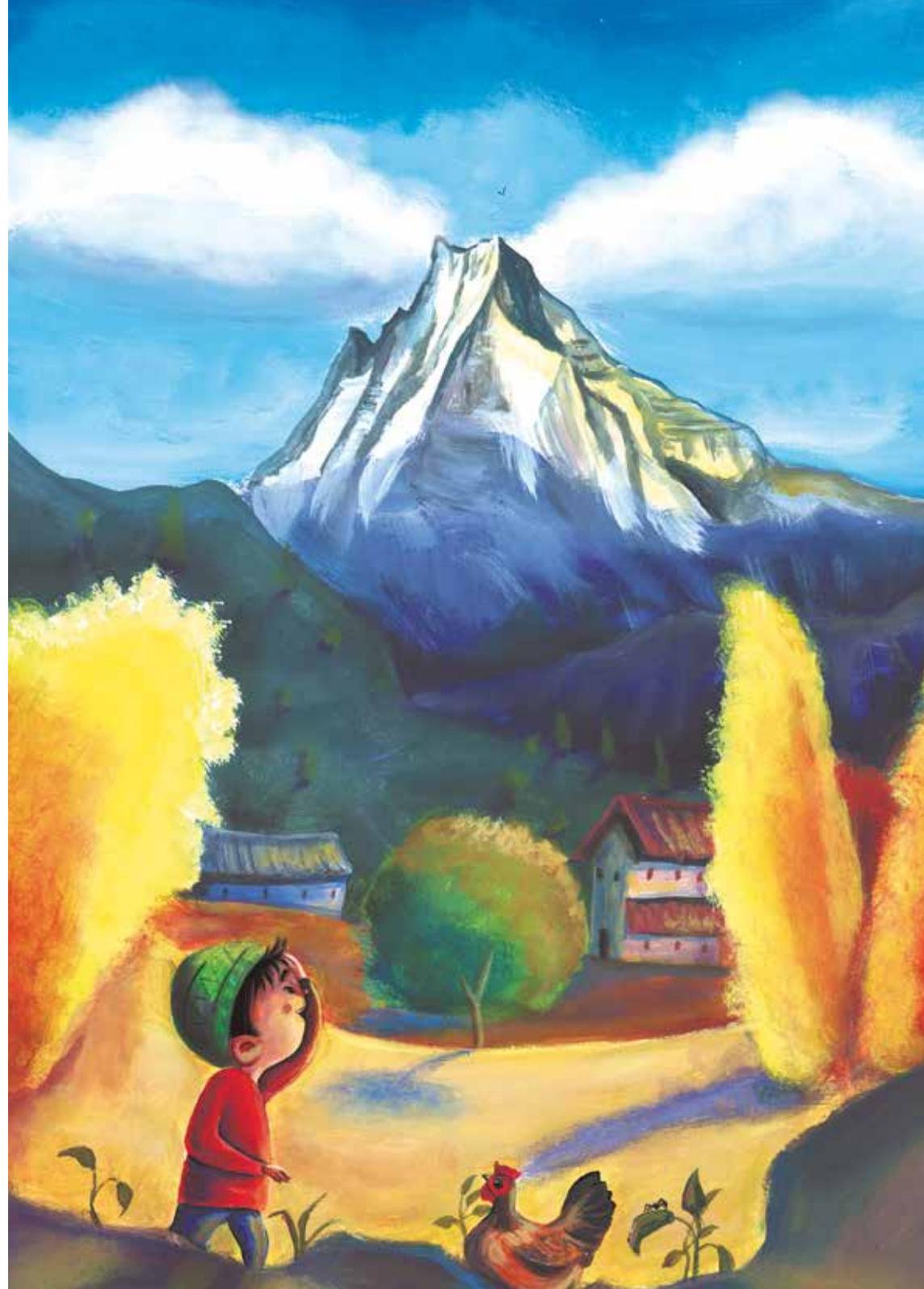
El abuelo de Pemba se llamaba Chittadhar, y era uno de los curanderos más sabios del Himalaya. Gracias a la miel roja de abejas poco corrientes y a las plantas que su nieto recolectaba, lo curaba casi todo: huesos rotos, dolor de cabeza, fiebres malignas, irse por la patilla, estreñimiento, granos purulentos... Y si el mal era resistente al efecto de las plantas, como en los casos de tristeza sin motivo, melancolía, envidia cochina, mala suerte, enamoramientos no correspondidos y otros parecidos, entonces Chittadhar empleaba palabras aliviadoras.

Algún día su nieto sería su sucesor, pero mientras llegaba ese momento, Pemba tenía que seguir formándose, aprender el nombre y el efecto de cada planta, las palabras que animan a los que las necesitan, cómo hacer pan sin levadura, preparar yogur, saber orientarse de noche y de día y en medio de la niebla. Todo era importante para su abuelo. Y lo que él no pudiera enseñarle se lo enseñaría alguien muy especial llegado el momento: **FATA**.

Chittadhar le dio a Pemba unos cuantos ungüentos, hojas secas de enebro y rododendros rojos, los que crecen más abajo, al calor del valle de Pokhara, y medio tarro de miel amarga roja. Fata sabría apreciar aquel botín de medicinas que, bien mezcladas, se convertirían en mágicas.

El chico se lo echó a la mochila y corrió sin mirar atrás por el puente colgante que unía su pueblo con el resto de la senda que conduce a los pies del Machapuchare.

Enseguida tuvo que dejar de silbar, necesitaba abrir bien la boca para subir los cientos de escaleras que llevaban a la siguiente aldea. Cuando llegó a lo más alto jadeaba y sudaba, pero estaba tan feliz...



—¡Pemba, Pemba! —le llamó a gritos su amigo Norbu desde la única plaza llana de la aldea de Dovan—. ¡Ven a jugar con nosotros! ¿A dónde vas tan rápido, hombre?

«Bueno, por unos pases de cinco minutos... Después puedo recuperar el tiempo», pensó Pemba.

Dejó la mochila y bajó hasta ellos.

—¡Vamos, chuta! —gritó Norbu al lanzarle la pelota de fútbol.

Pemba la recuperó hábilmente y se la pasó a Samira. Todos estaban en la misma clase, estudiaban juntos en una escuela en el valle de Pokhara.

Cuando llegaba el buen tiempo, y el valle se impregnaba del olor dulzón de las buganvillas y el azahar, era el momento de subir a la aldea de sus abuelos y echar una mano en los trabajos del campo.

A Pemba le gustaba Samira, su pelo olía como las flores del citrus porque se lo lavaba con el aceite que su madre le compraba a su abuelo Chittadhar. Pero Samira no lo sabía aún, algún día tendría el valor suficiente para decírselo.

—¿A dónde vas, Pemba? —le preguntó la niña, recogiendo el balón que acababa de pasarle—. ¿Te vienes a la cascada con nosotros?

Pemba se quedó atontado oliendo el aroma de los limones que desprendía el largo cabello de Samira mientras corría a su alrededor con la pelota. Pero enseguida reaccionó.

—¡Tengo que irme! —respondió volviendo a por su mochila y pensando que tal vez ya se había entretenido más de la cuenta—. ¡Cuando regrese tendremos el resto de las vacaciones para jugar juntos! —gritó desde lo alto del camino.

«Algún día», se dijo Pemba, «le contaré a Samira toda la verdad sobre mis supuestos “recados”. Estoy seguro de que se quedará muy impresionada; algún día eso ocurrirá», pensó para infundirse ánimos y continuar el camino a buen paso.

2

UN LUGAR ENTRE DOS CIMAS

uando la senda conocida terminó, Pemba empezó a subir a todo trapo por las faldas del Machapuchare impulsado por las ganas de ver a Fata y de emprender una nueva aventura.

Primero, por senderos muy estrechos y apenas visibles que habían hecho las cabras del Himalaya en su paso cotidiano. Agarrándose a los matorrales en los tramos difíciles, y luego de roca en roca, saltando como un leopardo de las nieves, que es como lo explicaba él, o como si fuera una cabra montesa, que es lo que solía decir su abuelo, pronto llegó a las paredes de hielo.

Las paredes de hielo asustaban solo de verlas, parecía imposible que se pudiera subir por ellas. Pero Pemba sabía cómo hacerlo. Fata se lo había enseñado. Liberó los crampones que llevaba atados en la cintura y se los colocó en las botas; luego cogió los dos piolets y, pasito



a pasito, clavando la punta de los crampones en el hielo y asegurando cada movimiento, inició la parte más arriesgada de la escalada...



Antes de seguir con esta historia, conviene que sepas que el Machapuchare no es una montaña cualquiera del Himalaya. Su nombre significa «cola de pez» y, en verdad, la montaña tiene la forma de un enorme pez zambulléndose en el agua mientras su cola permanece aún fuera de ella. Los humanos tienen prohibido subir a su cima y quienes lo intentan pronto desisten, porque despiertan con su osadía a las divinidades de las tempestades, que descargan su furia contra ellos.

La senda que discurre por la aldea de Pemba y la de sus amigos termina a los pies del Machapuchare.

Caminantes de todo el mundo la recorren cada año hasta su base para admirar la belleza de esta montaña a la que apenas le faltan cuatro metros para alcanzar los 7000 de altitud.

Allá arriba, entre las dos cimas del Cola de Pez se encuentra el castillo de hielo y rocas donde vive Fata.

El Machapuchare bien podría llamarse «La montaña que roba el aliento», porque eso es lo que les ocurre a aquellos que la ven por primera vez, se atontan con su belleza.

La ubicación del castillo de hielo no fue una cuestión del azar, fue construido en el lugar más inaccesible del Himalaya para esconder los secretos y misterios de las grandes aventuras.

En la biblioteca del castillo hay una enorme librería que llega hasta el techo, un techo altísimo... pero que muyyyy alto. En ella se acumulan libros, mapas, brújulas, diarios originales de reconocidos exploradores, fotografías testimoniales de sus hazañas, equipos de expedición...

Ahí uno podría encontrarse desde el primer globo aerostático con el que unos pioneros trataron de alcanzar el polo norte hasta unas botellas de *whisky* halladas no hace mucho en la Antártida...

Pero eso son historias para otro momento.

Y si está prohibido escalar la montaña, ¿cómo es que Pemba puede hacerlo?

A veces, muy pocas, poquísimas veces, las divinidades de las tempestades hacen una excepción si consi-

deran que el que sube tiene unas cualidades fuera de lo común, difíciles de encontrar entre los humanos.

Entonces, ¿Pemba es alguien extraordinario? Podría decirse que pasa por los pelos la autorización para ascender el Machapuchare, ya que tiene un poquito de magia corriendo por sus venas, un octavo de magia, para ser exactos, pues desciende de una familia de curanderos.

Y que te esté permitido subir no significa que seas capaz de hacerlo, claro.

Consideran al chico valiente e inteligente, pero todavía no domina el arte de equilibrar el valor con la prudencia ni el de convertir la curiosidad en conocimiento. Y tiene problemas con la perseverancia y otras cualidades necesarias para llegar a ser alguien extraordinario. Pero ni Chittadhar ni Fata dudan de que algún día logrará algo, aunque aún no esté muy claro el qué.

De hecho, las divinidades suelen poner obstáculos a los osados como Pemba, porque tampoco es cuestión de que los «mágicos» se acostumbren a andar por allí como si nada, y casi acaban con él la primera vez que lo vieron subir el Machapuchare...

Te contaré la historia.